

matachin que este habia desenvainado despues de colocar otra vez en su cinto la ya inútil pistola, y la hizo volar en pedazos cual si de cristal hubiese sido, no quedando mas que un trozo en la mano del Raspado, el hombro de quien se sintió acariciado por la rústica arma, que sin embargo no le causó mas que una leve contusion por haber con el choque perdido la fuerza el porrazo.

Al encontrarse cara á cara los dos enemigos, pues el uno no cesaba de bajar y el otro se empeñaba en subir, se abrahonaron con el intento de precipitarse en los profundos abismos del tenebroso foso abierto á sus piés; mas aun cuando el Raspado fuese un pillete forzado y diestro, lo mismo le hubiera valido intentar desarraigar una torre que conmover una mole como la del Tirano, quien, cruzando las piernas por debajo del tronco del árbol, se habia tan fuertemente agarrado á este, que no parecia sino que le hubiesen sujetado con garfios remachados. El Raspado, sofocado bajo la presion de los brazos del cómico, no ménos musculosos que los de Hércules, sudaba y resoplaba de congoja, y casi aplastado apoyaba las manos en los hombros de su enemigo haciendo esfuerzos inauditos para sustraerse á la influencia de aquella prensa humana que amenazaba convertirle en tortilla. Por fin Herodes, ejecutando una hábil maniobra, aflojó un poco los brazos, y el matachin se levantó aspirando una dilatada bocanada de aire; entonces el cómico, soltando de repente á su enemigo, volvióle á coger más abajo, por las piernas, y levantándolo en alto le hizo perder su punto de apoyo. En esta posicion, como era potestativo de Herodes enviar al Raspado á practicar un agujero en las lentejas acuáticas del foso, abrió las manos, y el espadachin cayó; mas este que, conforme ya hemos dicho, era un tunanton listo y robusto, cogióse de una rama con crispados dedos, haciendo oscilar su cuerpo suspendido sobre el abismo, en cuya posicion comenzó á bregar para coger de nuevo el tronco del árbol con los piés ó las piernas. Sin embargo, como no pudo lograr su intento, per-

maneció colgado como una I mayúscula, con el brazo horriblemente atanaceado por el peso del cuerpo. No queriendo de ningun modo soltar el maton la presa, sus dedos se hundian en la corteza cual si fuesen garras de hierro, y por debajo de la epidermis de sus manos los nervios estaban tirantes y próximos á romperse, del mismo modo que las cuerdas de un violin al que se enroscan demasiado las clavijas; pudiéndose ver, á ser de dia, la sangre brotar de sus amoratadas uñas.

La posicion no era risueña.

Colgado por un solo brazo al que estiraba espantosamente el peso de su cuerpo, el Raspado experimentaba, sobre el sufrimiento, el vertiginoso horror de la caída mezclado de atracción que inspira la suspension sobre un abismo. Sus ojos, desmesuradamente abiertos, se fijaban obstinadamente en la tenebrosa profundidad; zumbaban sus oídos; estridentes silbidos cruzaban cual flechas por sus sienas, y le asaltaban deseos de dejarse caer; pero como no sabia nadar y el foso era para él la tumba, el instinto siempre vivaz de la conservacion los refrenaba.

Como no obstante su hosco aspecto y sus pobladas cejas negras cual carbon Herodes era, en el fondo, bonazo por demás, apiadóse del pobre diablo que oscilaba en el vacío de desde hacia algunos minutos, que debian de parecer, en medio de su prolongada agonía y atroz angustia, eternidades al inteliz; así que, inclinándose sobre el tronco del árbol, le dijo:

—Bribon, si me prometes por tu vida en el otro mundo, pues en este me pertenece, permanecer neutral en el combate, voy á descolgarte de la rama de la que pendes como el mal ladron.

—Lo juro,—respondió con estertórea y sorda voz el Raspado casi agotadas ya sus fuerzas; pero por piedad daos prisa, que me siento caer.

Cogió entonces Herodes con hérculea mano del brazo al truhan y, gracias á su prodigiosa fuerza, subió el cuerpo de este hasta la altura del tronco del árbol, sobre el que le pu-

so á caballo, manejándolo ni más ni ménos que si hubiese sido un muñeco de trapo.

Aunque el Raspado no fuese una mujer delicada sujeta á los desvanecimientos, estaba casi desmayado cuando el valiente cómico le apartó del abismo, donde aquel hubiera caído á no ser el apoyo de la mano que lo sostenía.

—No tengo sales que dartes á aspirar ni perfumes para quemarlos debajo de tus narices,—le dijo el Tirano registrándose los bolsillos;—pero aquí traigo un cordial que te volverá á la vida.

E introdujo en la boca del desfallecido matachin el gollete de una calabaza llena de legítimo aguardiente de Hendaya.

—Ea, chupa de esta leche,—prosiguió el cómico;—dos ó tres sorbos más todavía y te pondrás más avisado que un esmerejon.

El generoso brevage obró rápidamente sobre el espadachin, quien despues de dar con las manos las gracias á Herodes, estiró su adormecido brazo para devolverle su flexibilidad.

—Ahora,—dijo Herodes,—dejemos de andarnos por las ramas, abandonemos esta percha donde me encuentro endiabladamente incómodo, y descendamos al sacrosanto suelo cuya extension ofrece más ancho campo á mi corpulencia. Pasa delante,—añadió cogiendo por debajo del sobaco al Raspado y poniéndolo á horcajadas de espaldas al castillo.

El Raspado se dejó resbalar, y el Tirano le siguió.

Al llegar al pié del árbol el espadachin, detrás de quien se hallaba el cómico, percibió cerca del foso un grupo en observacion, compuesto de Agustin, de Azolan y de Basque, que le dieron el quien vive.

—Amigo,—respondió en alta voz el Raspado.

Y volviéndose al Tirano, le dijo muy quedo:

—Seguidme sin chistar.

El matachin se acercó entonces á Azolan, dió al oido de este la consigna, y luego señalando al cómico, añadió:

—Este y yo estamos heridos y nos retiramos del combate por un momento para ir á lavarnos las llagas y vendárnoslas.

Azolan hizo un señal de aquiescencia, pues nada más natural que la fábula que el maton acababa de contar.

El Raspado y el Tirano se alejaron, y al hallarse á cubierto debajo de los árboles, que aunque desnudos de hojas bastaban, con ayuda de las sombras de la noche, á ocultarles, aquel dijo al cómico:

—Vos me habeis otorgado generosamente la vida, yo en cambio acabo de libraros de la muerte, pues esos tres con quienes hemos topado al pié del árbol os habrian expedido pasaporte para el otro mundo. He pagado mi deuda; pero no por esto me considero desquitado para con vos; si jamás necesitais de mí, me encontrareis dispuesto á serviros. Ahora idos á donde os llama vuestro deber. Yo me voy por aquí, encaminaos vos hácia aquel otro lado.

Una vez solo, Herodes siguió alameda arriba, mirando, á través de los árboles, el maldito castillo en el que, con gran pesar suyo, no habia podido penetrar. Ninguna luz brillaba en las ventanas, excepto del lado donde se libraba el combate; el resto del edificio estaba envuelto en la sombra y el silencio. Sin embargo la luna levante comenzaba á bañar con sus tibios reflejos una de las fachadas laterales y plateaba las violáceas pizarras del tejado.

Al ténue fulgor del astro nocturno podíase ver un hombre en centinela paseando su sombra por una pequeña esplanada orillas del foso. Aquel hombre era Labriche, quien guardaba la barca que sirviera á Merindol, el Raspado, Azolan y Agustin para atravesar la cinta de agua que rodeaba el castillo.

La vista de aquel personaje dió que reflexionar á Herodes.

—¿Qué demontre puede hacer este hombre solo en este

sitio desierto mientras los suyos esgrimen los aceros? Sin duda por temor á una sorpresa ó para asegurar la retirada, guarda algun paso secreto, alguna poterna oculta por donde, quizás, aturdiéndole de un garrotazo en la cabeza, lograré introducirme en este condenado castillo y podré así demostrar á Sigognac que no le olvido.

Mientras así reflexionaba, Herodes, suspendiendo sus pasos y no haciendo más ruido que si hubiese llevado envueltas en fieltro las suelas de sus zapatos, se acercó al centinela con la calma silenciosa y felina de que están dotados los hombres corpulentos, y cuando tuvo á Labriche al alcance de su brazo, arrimóle en el cráneo un tremendo palo, sino bastante para matarle, suficiente para dejarle fuera de combate.

Como ha tenido ocasion de ver el que haya leído, Herodes no era cruel y no deseaba de ningun modo la muerte del pecador.

Cual herido por el rayo, Labriche cayó patas arriba y quedó inmóvil, pues la fuerza del golpe le habia quitado el sentido y ocasionado un desmayo.

Herodes avanzó entonces hasta el pretil del foso y vió que de una estrecha abertura practicada en aquel, partia una escalera diagonal tallada en el revestimiento de la torre, escalera cuyas últimas gradas iban á perderse debajo del agua. El Tirano bajó con precaucion los escalones, y al sentirse mojado el pié, se detuvo, y lanzó á través de la oscuridad una penetrante é investigadora mirada. Pronto distinguió la barca, arrimada contra el muro, en la parte donde este proyectaba una gran masa de sombra, y tiró de la cadena que la sujetaba al pié de la escalera. Romper la amarra fué cosa de juego para el robusto trágico, quien entró en la barquichuela, á la que poco faltó como no la hizo zozobrar bajo el peso de su cuerpo. Calmadas las oscilaciones y restablecido el equilibrio, Herodes movió suavemente el palo de birar único colocado á popa para servir á la vez de remo y de timon, y la barca, cediendo al impulso, salió pronto de la línea de som-

bra y entró en la de luz, donde sobre la aceitosa agua rielaban, como escamas de breca, los rayos lunares. La pálida claridad del astro nocturno hizo descubrir á Herodes, en el basamento del castillo, una escalerilla abierta debajo de una bóveda de ladrillo, á la que atracó, y siguiendo á lo largo de esta, llegó sin tropiezo al patio interior, completamente desierto en aquel entonces.

—Héme ya en el corazon de la plaza,—dijo Herodes para sus adentros y frotándose las manos;—no sé, pero sobre las losas bien cimentadas me siento con más brios que sobre la percha de loro de que acabo de bajar. Ea, orientémonos y vayamos á reunirnos con los compañeros.

Vió el cómico la escalinata custodiada por las esfinges de piedra, y juzgó muy cuerdamente que la arquitectónica entrada conducia á los más ostentosos salones del castillo, donde sin duda Vallombreuse habia llevado la jóven comedianta y en los que debia librarse la batalla en pro de aquella Elena sin Menelao y virtuosa sobre todo por Paris.

Hay que consignar que al pasar Herodes por entre las esfinges, no hicieron estas ademan de levantar las garras para detenerlo.

**

La victoria parecia haberse decidido por los asaltadores: el Feo, Bocatoreida y el Chispo yacian tendidos por el suelo como becerros en un establo; Malartic, jefe de la banda, habia sido desarmado; pero en realidad los vencedores eran los prisioneros.

La puerta de la sala, cerrada por la parte de afuera y que por ser de roble, gruesa y reforzada con elegantes y sólidos herrajes de pulimentado acero, podia convertirse en insuperable obstáculo para hombres que carecian de hachas y alzaprimas para derribarla, se interponia entre estos y la jóven por cuya salud combatian. Sigognac, Lampourde y el Intri-

gante, apoyados de espaldas contra las hojas de aquella, se afanaban por hacerla ceder; pero no conseguían más que fatigarse inútilmente.

—Peguémosle fuego con los tizones que arden en la chimenea,—dijo Sigognac á quien desesperaba aquel obstáculo.

—Sería cuestión de nunca acabar,—respondió Lampourde,—el corazón del roble arde con mucha dificultad; mejor será que tomemos este baul y hagamos de él una especie de catapulta ó ariete á fin de echar abajo esta maldita barrera.

Puesto en ejecución el plan, el curioso mueble, delicadamente esculpido, fué lanzado violentamente contra las sólidas tablas de la puerta, sin conseguir más resultado que rayar el barniz de esta y perder el baul una linda cabecita de ángel ó de amor finamente tallada que formaba uno de los esquinazos.

El Baron estaba fuera de sí, pues sabía que Vallombreuse había abandonado el aposento llevándose á Isabel, á pesar de la desesperada resistencia de esta.

De pronto oyóse un formidable ruido. Las ramas que obstruían la ventana desaparecieron y el árbol cayó en el agua del foso con estrépito al que se mezclaban gritos humanos, que no eran proferidos por otro que por el portero de comedia, quien se había detenido en su ascension, á causa de haber llegado á un punto en que la rama era tan delgada que no hubiera podido con el peso de su cuerpo. Azolan, Agustin y Basque fueron los que idearon, empollaron y llevaron á ejecución la idea de derribar el árbol en el agua á fin de cortar la retirada á los asaltadores.

—Si no echamos abajo la puerta,—dijo Lampourde,—estamos cogidos como ratones en la ratonera. Compañía al diablo hagan los obreros de antaño que de modo tan duradero trabajaban. Ya que tanto resiste, voy á probar de cortar con mi puñal la madera alrededor de la cerradura para hacerla saltar. Es preciso que salgamos de aquí á toda costa, pues no contamos ya con el recurso de encaramarnos al árbol.

Iba Lampourde á traducir en hechos sus palabras, cuando en la cerradura oyóse un ligero chirrido semejante al de una llave á la que dan vuelta, y la puerta inútilmente atacada se abrió por sí misma.

—¿Quién es el ángel bueno,—exclamó Sigognac,—que así viene en nuestra ayuda? ¿por qué milagro esta puerta cede por sí sola despues de tanto resistir?

—No hay ángel ni milagro,—respondió Chiquita saliendo de detrás de la puerta y fijando en el Baron su misteriosa y tranquila mirada.

—¿Dónde está Isabel?—exclamó Sigognac, recorriendo con la vista la sala, débilmente iluminada por la vacilante luz de la lamparilla.

Al principio el Baron no vió á su amada. El duque de Vallombreuse, sorprendido por la brusca abertura de la puerta, se había aculado contra un rincón de la estancia, colocando detrás de sí la jóven actriz medio desmayada de miedo y de fatiga. La infeliz se había agobiado sobre sus rodillas, y tenía la cabeza apoyada contra la pared. Sus cabellos, desatados, flotaban en desórden, desórden que se reflejaba en sus vestidos, y tenía rotos los cordones de su corsé, tan desesperadamente se había retorcido entre los brazos de su raptor, quien, al sentir escapársele su presa, había en vano intentado robarle algunos besos lascivos, como un fauno perseguido arrastrando una jóven vírgen al fondo de las selvas.

—Está aquí,—dijo Chiquita,—en este rincón, detrás del señor Vallombreuse; mas para llegar á ella hay que matar á él.

—Le mataré,—repuso Sigognac adelantando con la espada levantada hácia el jóven que se había puesto en guardia.

—Es lo que falta ver, señor capitán Estruendo, campeón de comediantas,—respondió el duque con tono de supremo desden.

Los hierros se habían cruzado y daban vueltas uno alrededor del otro con esa lentitud prudente que emplean en las luchas que deben ser mortales los hábiles en esgrima. Va-